

AGENDA CIUDADANA

EL EZLN, LAS ARMAS Y LA LOGICA POLITICA.

Lorenzo Meyer

La Racionalidad de las Armas.-"La guerra es la continuación de la política por otros medios", afirmó el general prusiano, Carl von Clausewitz en su libro póstumo *De la Guerra* (1832). Desde la perspectiva del famoso teórico de la guerra total -- resultado de su experiencia en los conflictos de la Europa napoleónica--, la guerra es un instrumento limitado pero racional en la consecución del interés nacional. Desafortunadamente, hay países cuyos sistemas políticos propician condiciones internas similares a las que prevalecen en el duro ámbito internacional y donde, por tanto, para ciertos actores el uso de las armas --la guerra interna-- adquiere una racionalidad que no tendría en sistemas abiertos y de legalidad efectiva. Ese fue y sigue siendo el caso para ciertos grupos de mexicanos marginados por la estructura de poder vigente, entre ellos las comunidades indígenas chiapanecas. Para ellos, y en su relación con la autoridad, puede resultar aún válido el *dictum* del general prusiano: las armas pueden ser un instrumento político racional, un medio de alto riesgo pero más efectivo que los votos, las marchas, los mítines, las peticiones, la ley, los tribunales y el resto de las formas de la política pacífica que, en la práctica, les han servido para muy poco, si es que para algo.

Como se sabe, en el sistema internacional de la época de von Clausewitz como en el actual, domina la política del poder, esa donde los principios del derecho que supuestamente rigen las relaciones entre los actores poco pueden hacer si se enfrentan al

argumento de la fuerza. Pues bien, hay países en donde las relaciones internas reales poco tiene que ver con un auténtico Estado de Derecho y mucho con las simples y brutales relaciones de poder que desde siempre han sido la esencia del sistema internacional. Se trata de países donde los legisladores carecen de autonomía, la justicia se compra, la burocracia es despótica y corrupta; países donde el que tiene más fuerza económica o política se impone sin importar la legalidad y legitimidad de sus argumentos; son países, en fin, donde para sobrevivir, el débil debe someterse al fuerte. En esos sistemas, el recurrir a la violencia como el instrumento político de última instancia, termina por no ser una estupidez, ni una inmoralidad. En buena medida ese resultó ser justamente el caso de las comunidades indígenas en las cañadas de Chiapas, donde mucho antes del 1° de enero de 1994 ya se había dado cobijo y apoyo a los organizadores del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

Cuando finalmente estalló en Chiapas la insurrección del EZLN contra el gobierno de Carlos Salinas en particular y contra el sistema de gobierno en general, el peculiar ejército rebelde estaba formado por apenas dos mil hombres armados. Los nuevos combatientes eran básicamente indígenas, muy motivados pero mal armados (entre ellos los rifles .22 y las escopetas eran mucho más numerosos que los M-16 o las AK-47) y cuyo teatro de operaciones era una de las regiones más pobres y aisladas del país. La fase violenta de su rebelión duró apenas diez días (un poco más si se cuentan los combates en 1993 en Corralchén, cuando el gobierno aún negaba su existencia), y al final ninguna

población importante quedó en sus manos. Sin embargo, la repercusión política de su acción fue enorme, desproporcionada en relación a su fuerza, pero directamente proporcional a las debilidades del sistema presidencial autoritario. La acción del EZLN en Chiapas resonó en todo el país y más allá de las fronteras, debilitó instantáneamente a un presidente que hasta ese momento parecía omnipotente y, sobre todo, aceleró la degradación de una forma de gobierno antidemocrático cuyo tiempo histórico ya había pasado pero se negaba a aceptarlo.

Desde el principio, la fuerza del EZLN no residió en su capacidad de fuego --era muy poca-- sino en la legitimidad de su llamado: la condena del autoritarismo presidencial, la defensa tanto de los derechos de las comunidades y las culturas indígenas como del nacionalismo, el rechazo a la impunidad y corrupción de una clase política amparada en el monopolio del poder de un partido de Estado, la injusticia estructural de un modelo económico que ha beneficiado extraordinariamente a los muy pocos y muy poco o nada a los muchos.

Sin embargo, a lo largo de dos años, el choque de tan pocos con un sistema de poder que agoniza pero que aún está respaldado por los poderes internacionales, por el poder económico y eclesiástico y por un ejército de 175 mil hombres que en 1996 dispondrá de 11, 122 millones de pesos, ha significado un gran desgaste para un zapatismo físicamente arrinconado a partir de febrero de 1995 en la parte más inhóspita de la selva chiapaneca. Para el EZLN la lógica de las armas hoy ya no es la que fue el 1° de enero de 1994; para ellos "la política por otros medios" ya

llegó a su límite y ahora tienen que ser reformulada. Es por eso que el subcomandante acaba de llamar a la formación de un Frente de Liberación Nacional y ha elegido la vía del diálogo con el gobierno como "la única posible": las armas han perdido la racionalidad que alguna vez tuvieron.

Una Rebelión de Fin de Régimen.- El neozapatismo, como el zapatismo original, ha tenido éxito porque, entre otras cosas, es básicamente una rebelión de fin de régimen. Sólo la ilegitimidad acumulada del autoritarismo presidencial --ilegitimidad avalada por los miles que en las ciudades se han movilizad o en favor del EZLN-- impidió que en enero de 1994 o en febrero de 1995 las ofensivas del ejército se llevaran hasta su conclusión lógica. Sólo la profunda debilidad de las formas antidemocráticas permiten explicar que el EZLN no haya corrido la triste suerte de los movimientos guerrilleros del pasado inmediato y cuya lista es grande: el de Arturo Gámiz en Chihuahua en 1967, el de Lucio Cabañas en Guerrero, la Liga 23 de septiembre, el Movimiento de Acción Revolucionaria, el Frente Urbano Zapatista, las Fuerzas Revolucionarias Armadas, el Comité Estudiantil Revolucionario, el Comando Armado del Pueblo, las Fuerzas Armadas de la Nueva Revolución, la Liga Armada Comunista, etcétera.

No hay duda que si Ernesto Zedillo y el general Enrique Cervantes se deciden, pueden acabar en poco tiempo con el EZLN, usando entre otros equipos, los tanques AMX-13 y los helicópteros Blackhawk o Sikorky y el resto del material bélico adquirido o fabricado aquí en los dos últimos años. Antecedentes de decisiones similares no les faltarían, así lo hicieron Gustavo

Díaz Ordaz y el general Marcelino García Barragán para acabar con el movimiento estudiantil de 1968, también tomaron ese camino Luis Echeverría y el general Hermenegildo Cuenca Díaz para exterminar a Genaro Vázquez Rojas, Lucio Cabañas y varios movimientos urbanos. Pero en manos de esos gobiernos, "la continuación de la política por otros medios" terminó por ser una mala política; terminó justamente por crear las condiciones de ilegitimidad que llevaron a los opositores a crear el EZLN y que más tarde obligaron a Carlos Salinas a negociar con él. En febrero del 95, Zedillo y el general Cervantes debieron haber creído que las elecciones del año anterior les habían dado ya la legitimidad para reanudar la acción militar, pero rápidamente comprendieron que ese no era el caso y optaron por volver a la negociación.

Hoy pareciera que por razones muy distintas --opuestas-- tanto para el gobierno como para el EZLN la guerra ha perdido su calidad de instrumento político racional. La negociación que han reanudado es, finalmente, parte de la gran negociación que debió hacerse hace tiempo, en mejores condiciones, pero cuya oportunidad se dejó pasar estúpida e irresponsablemente desde, por lo menos, principio de los ochenta. Pero pese a la negociación EZLN-gobierno, hoy por hoy la lógica de las armas subsiste en un buen número de situaciones y eso no se debe olvidar.

"Ni los Veo ni los Oigo".- "Ni los veo ni los oigo" es la tristemente célebre frase de Carlos Salinas frente a la oposición desarmada del PRD que resume, como pocas, la actitud de toda una

clase gobernante frente a quienes no compartían su visión del mundo. Esa actitud fue la que prendió la mecha de la rebelión chiapaneca y sigue vigente. Hoy que en Chiapas todos estamos viendo y oyendo como el EZLN propone su reconversión en una fuerza política pacífica, pero resulta que los indígenas chiapanecos no son los únicos que no han sido vistos ni escuchados por la autoridad, ni los únicos que, por su condición cultural, social y económica, no tienen posibilidades de ser parte de la "modernidad" neoliberal encabezada por los gobierno tecnocráticos. Aún hay muchos en esas condiciones.

Antes de 1994, la Comisión Nacional de Derechos Humanos documentó varias acciones masivas de la policía y del ejército contra comunidades indígenas chiapanecas, mismas que hoy se repiten en Guerrero y otros rincones de la república. Debe también tenerse muy en cuenta que entre las muchas acciones políticas que probaron lo inútil de la acción pacífica y desarmada de los indígenas chiapanecos, estuvo la marcha que hicieron desde sus pueblos hasta el zócalo capitalino para presentar sus quejas por la arbitrariedad del gobierno local, marcha muy similar en motivación y resultados --nulos-- a la que acaban de efectuar los descontentos de Tabasco, que tampoco tuvieron ninguna respuesta a pesar de haber presentado a las autoridades miles de documentos que prueban la ilegalidad e ilegitimidad con que se llevaron a cabo las últimas elecciones en su estado.

Para que las acciones del EZLN sean las últimas de la cadena guerrillera que se inició con el asalto al cuartel de Ciudad

Madera en Chihuahua hace casi treinta años, debe de hacerse racional, es decir eficaz, la política sin armas. Pero resulta que ese no es el caso. En el vado de Aguas Blancas, el 28 de junio del año pasado, 40 policías de Guerrero esperaron para atacarlos a miembros de la Organización Campesina de la Sierra del Sur que se dirigían, desarmados y en un camión de redilas, a una concentración de protesta contra el gobernador Figueroa. Mataron a 17; a tres que habían quedado heridos, un comandante de la policía simplemente los remató. Hoy sabemos que esa operación fue cuidadosamente preparada por la autoridad, que la policía esperaba a los opositores con cartucho ya cortado en el sitio donde su vehículo tenía que disminuir la velocidad (Reforma, 9 de enero); simplemente no se le dio ninguna oportunidad a la protesta pacífica.

Mientras Aguas Blancas sea parte de la racionalidad de un régimen que no termina de acabar, la racionalidad del EZLN y sus armas también seguirá vigente. Y no se argumente que Aguas Blancas es un caso aislado, pues bien sabemos que es sólo uno de los ejemplos más recientes de una vieja forma de ejercer el poder. Sólo cuando hechos como el ocurrido en Guerrero sean parte de una historia superada, se podrá decir con toda honestidad a los armados de hoy: "depongan las armas, su camino no sólo es ilegal e inmoral, es absurdo". Pero en tanto eso no ocurra, la condena del EZLN, esa que las buenas conciencias han hecho repetidamente en los dos últimos años, será simplemente farisaica.

